



FUJIDATOS

EL DESPACHO PRESIDENCIAL EN LA EPOCA DE FUJIMORI - Segunda Parte

Boletín Interno N° 47

Año 2009



Al inicio del primer periodo de gobierno del presidente Fujimori, gran parte del apoyo social dirigido a la población tenía un fin casi exclusivamente asistencialista y se canalizaba a través de cada organismo estatal, como actividad adicional y secundaria. En el Despacho Presidencial la cosa era similar, el apoyo social era administrado casi totalmente por el Despacho de la Primera Dama de la Nación quien participaba directamente en la obtención y distribución de donaciones que le eran brindadas a través de la “Fundación por los Niños del Perú” o directamente desde su oficina. El Presidente de la República participaba limitadamente en estos eventos de apoyo social directo y por lo general se

integraba a los organizados por otras instituciones estatales y no estatales.

Sin embargo, esta situación empezó a sufrir cambios radicales a partir de Julio de 1990. Dentro de su estrategia de pacificación, el presidente Fujimori asignó a su Despacho Presidencial - y en particular a la Casa Militar - un papel protagónico que se caracterizó por materializar en los plazos más breves y efectivos sus decisiones referidas a la ayuda social para las poblaciones más pobres y afectadas por el fenómeno terrorista.

Para cumplir estas exigencias, se creó la Oficina General de Coordinación del Apoyo Social (OGCAS). Paralelamente y en forma independiente de la estructura del Despacho Presidencial empezó a funcionar el Comité de Apoyo a la Presidencia de la República y la ONG APENKAI que laboraron – autónomamente - con el apoyo y en coordinación de la Casa Militar en las actividades que ordenaba el Presidente Fujimori para administrar la ayuda procedente del Japón.

En un principio, la labor de la Casa Militar se limitó a recibir, almacenar, reparar y pintar miles de muebles de oficina en desuso (escritorios, sillones, archivadores, máquinas de escribir, ventiladores, etc.) procedentes de las instituciones estatales desactivadas o reestructuradas (como el Banco Agrario o el Ministerio de Educación), para luego distribuirlos a instituciones de escasos recursos económicos, como colegios y universidades o puestos de salud.

Muy pronto, por la eficiencia demostrada por la CMPR, se le incrementaron responsabilidades y se le asignó la tarea de administrar las decenas de ómnibuses que el gobierno había adquirido inoperativos a la Empresa Nacional de Transporte Urbano (ENATRU) al momento de su liquidación y que fueron reparados en los talleres del Servicio de Material de Guerra del Ejército. Operativos y pintados de color “verde agua, estos vehículos fueron donados a las universidades estatales brindando bienestar a jóvenes que durante años estuvieron expuestos al virus del terrorismo.

Casi simultáneamente, empezaron a llegar al puerto del Callao barcos cargados con cientos de camiones usados - con 4 a 5 años de antigüedad y diferente tonelaje - donados por el Japón. Entonces se le encargó a la Casa Militar el desembarque, desaduanaje, inscripción y entrega de los camiones que mayoritariamente terminaron en las comunidades campesinas y que - gracias a la reaparición de los caminos y carreteras - les dio un medio para desplazarse, comercializar sus productos y recuperar la confianza en un Estado que los había mantenido olvidados desde siempre.

La disponibilidad de los camiones donados y la existencia de abundante carga en la OGCAS, el Comité de Apoyo y APENKAI, hizo necesaria la implementación de un sistema que permitió desplazar los camiones a sus lugares de entrega repletos de carpetas, escritorios, libros, instrumentos musicales para las bandas estudiantiles, máquinas de coser y de tejer, ropa, colchones, frazadas, calaminas, cocinas y utensilios para comedores populares, medicinas, herramientas diversas, etc.. Esto exigió la participación de los militares, policías y civiles que laboraban en la CMPR que tuvieron que realizar cientos de viajes de varios días hacia el interior del país por rutas peligrosas y con peligro terrorista. Con su esfuerzo, lograron estirar la presencia del Estado en regiones convulsionadas por el terror y contribuyeron decididamente en la pacificación nacional.

El intenso despliegue del presidente Fujimori por ciudades y comunidades del país, causó que la ayuda social se hiciera más diversificada y abundante. Así, se empezaron a atender necesidades de equipos ortopédicos, válvulas (cerebro o corazón), tratamientos y medicinas especiales, etc. que obligaron a una evaluación de pacientes y coordinación con los centros de salud, a cargo de asistentes sociales y médicos de la CMPR, ya que en la mayoría de veces implicaba el apoyo a la salud y el traslado a Lima, hospedaje y alimentación de pacientes y acompañante.

Para impulsar la fase de consolidación de la lucha contrasubversiva, se realizaron programas de turismo dirigidos a la población más expuesta al discurso terrorista: los maestros y los estudiantes. De esa manera, cientos de ellos (de Lima, Cusco, Ayacucho, Trujillo, etc.) pudieron conocer las maravillas arqueológicas (Ejm: Machu Picchu) y naturales (Ejm: Lago Titicaca) de nuestro país, con todo o casi todos los costos pagados por el Despacho Presidencial. Este programa también alcanzó a organizaciones como los Clubes de Madre y empleados públicos. En condiciones normales, a los beneficiados les habría resultado difícil realizar estas actividades.

WALTER JIBAJA ALCALDE